

lo aceptó sin consagración papal, y el cabildo se reunió para decidir si debía confiarse ó no la administración de la diócesis. La mayoría resolvió afirmativamente; pero algunos creyeron indispensable la autoridad pontificia, y los breves del papa circulaban á pesar de la prohibición y de las persecuciones de la policía. Para debilitar la resistencia del pontífice y también para hacerla inútil, echó mano Napoleón de multitud de expedientes. Hizo que todos los obispos del imperio respondiesen á la declaración del cabildo de París, y los de Italia, puestos de acuerdo con el virey, se mostraron todavía mas serviles, asegurando que el cuerpo de los obispos en ejercicio representaba á la Iglesia, y que en lo antiguo no había habido ni institución canónica, ni juramento de fidelidad. Después el emperador convocó un concilio de todos los prelados del imperio y de la Confederación del Rin, á fin de que resolviera las dificultades que se habían suscitado en el seno de la Iglesia: ostentación de nuevo género, nueva imitación de Constantino y de Carlo Magno. Ante la comisión eclesiástica que preparaba los trabajos para las deliberaciones, discutió Napoleón con los prelados sobre la autoridad temporal del papa, y cuando el octogenario abate Emery por medio de un argumento *ad hominem* le demostró que Bossuet mismo había declarado necesario aquel poder, respondió: « Eso podía ser » cuando Europa tenía diversos señores, pues » no era decente que el papa estuviese sometido á uno en particular. Pero ¿y ahora que » Europa no conoce otro soberano mas que yo? » Propusieron, pues, á la asamblea los siguientes puntos: ¿Puede el papa por negocios temporales negar su ministerio en los negocios espirituales?

¿No convendría que el consistorio del papa se compusiera de prelados de todas las naciones?

No habiendo violado el gobierno francés el concordato, ¿puede el papa negarse arbitrariamente á consagrar los obispos nombrados, arrojando la religión en Francia como la ha arrojado en Alemania, donde hace diez años que no hay un obispo?

La bula de excomunión ha sido fijada y difundida clandestinamente: ¿cómo se podrá evitar que los papas se abandonen á excesos tan contrarios á la caridad cristiana y á la independencia de los tronos?

Á los obispos se les presentaba ántes de estas cuestiones esta otra: ¿tenían ellos derecho para reunirse sin permiso del pontífice? Si individualmente se mostraron sumisos á Napoleón; si en sus mensajes particulares asistieron á lo declarado por el cabildo de París, en cuerpo no se atrevieron á considerarse como asamblea religiosa; eludieron las cuestiones, estuvieron en correspondencia secreta con Savona y enviaron al papa su sumisión, por manera que el emperador se apresuró á disolver el concilio. El clero se había regenerado en las tormentas sufridas, y si el concilio no dictó disposiciones

sábias ni nuevas, en cambio dió un ejemplo de valor, tanto mas admirable cuanto que todas las frentes se habían humillado ante el poderoso, y cuanto que el clero mismo se creía obligado para con el nuevo Ciro que había reedificado á Jerusalén.

Á las insidiosas proposiciones del emperador opuso resistencia Pio, lo mismo que á sus brutales amenazas, diciendo: *Dejadme morir digno de los males que he sufrido*. Entonces Napoleón se irritó, lo maltrató, hizo buscar por la policía (1) á sus fieles servidores y los obligó á renunciar sus cargos ó los sepultó en las prisiones, donde si pedían el breviario se les daba un tomo de Voltaire. Después (14 de enero de 1811) se intimó al papa de parte de Napoleón « la prohibición de comunicarse con ninguna » Iglesia ni con súbdito alguno del imperio, bajo » la pena de desobediencia para uno y otros; » que cesaba de ser órgano de la Iglesia el que » predicaba la rebelión y fomentaba los resentimientos; y que, pues nada había sido bastante para hacerle tener prudencia, tuviera » entendido que el emperador podía, imitando » á otros predecesores suyos, destituir á un » papa. »

Cierto día, hicieron mudar al papa de vestidos, y le encerraron secretamente con llave dentro un coche, y sin dejarle salir ni de día ni de noche, le llevaron mas allá del Ceniso, mientras que estaban fingiendo en Savona que seguía en aquel punto. Sintiendo enfermo é incierto de lo que sucedería, quiso recibir el Viático, y dispuso de todo lo mismo que si estuviera en el artículo de la muerte, y perdonó á los perseguidores. Luego llegó á Fontainebleau, y estuvo detenido en aquel palacio bajo la voluntad de aquel que todo lo podía, y hasta que este perdió todo poder.

¡Triste de la fuerza cuando se pone en lucha con una idea moral! Napoleón decía á De Fontanes: « Alejandro pudo llamarse hijo de » Júpiter sin ser contradicho, y un monarca » como yo encuentra un sacerdote mas poderoso, porque reina sobre el espíritu y yo » reino solamente sobre la materia. »

La situación era, pues, en lo interior de despotismo, en lo exterior de conquista; ¡tan lejos estaba ya de las teorías de la Asamblea nacional! Napoleón, hijo de la libertad, laceró el seno de la propia madre y debía perecer por tanto. La diplomacia no podía ya contar ni con su moderación, ni con su palabra. De ruinas nacían ruinas; su único objeto era conquistar pueblos, de quienes valerse para la conquista de otros; los príncipes no podían ya decir si convenía obrar de esta ó de la otra manera, pues los planes mas diversos conducían al

(1) El manuscrito de Santa Elena dice que por las diferencias con Roma estaban presos quinientos eclesiásticos. Otras Memorias dictadas por Napoleón niegan la autenticidad de aquel y reducen este número á cincuenta y tres, añadiendo: *Il l'ont été légitimement*. (Nota sobre el libro de los cuatro concordatos.)

mismo fin. Á la familia real de España se la tenía presa después de haberle faltado á todos los pactos, y en esta situación se la mandaba que se mostrara contenta; Austria no se había salvado sino arrojando una hija ante las ruedas del carro del déspota; Prusia se estremecía sometida á una humillación insoportable; los pequeños Estados de Alemania habían comprendido que la neutralidad no era posible y conducía al abismo; Suiza, Holanda é Italia habían sido reorganizadas según el gusto del déspota, y no sabían si cualquier día recibirían nueva organización. El mundo estaba lleno de ruinas, y era el deseo común la caída del opresor. Mientras los reyes estaban consternados, los pueblos se rehicieron, y se extendieron los sociedades secretas, proclamando la nacionalidad que entonces debía tener su epopeya. En España se inventó el nombre de liberales, destinado también á dar la vuelta al mundo; las cortes dieron una constitución enteramente democrática, y Mina la puso el sello con la sangre de cuantos Franceses caían en sus manos. En Italia los carbonarios se concertaron para restablecer las antiguas dinastías con gobiernos templados. En Alemania sobre todo las sociedades secretas tomaron grande extensión, aspirando unas á la reconstrucción de la unidad germánica bajo la dominación de Austria, otras á la división entre el Norte y el Sur, entre Austria y Prusia; todas á la libertad, y los gobiernos se valieron de ellas para resistir á la opresión francesa, y proclamaron el amor á la patria, la libertad y la independencia como los revolucionarios de hacía veinte años.

En lo interior de Francia, no bastando ya la conscripción, fueron arrebatados de sus casas los muchachos de catorce años para que sirvieran de grumetes en los buques; y aquellos belicosos Franceses se negaban á tomar las armas, habiendo llegado á ser heroísmo el huir de las batallas. Se daban y se quitaban á la voluntad del soberano palacios y posesiones, después de haberse doblado el valor de las cargas impuestas arbitrariamente sobre ellos. El comercio estaba aniquilado, pero Napoleón estableció el monopolio y vendía carísimas las licencias para introducir géneros coloniales. Arrojábase al mar el azúcar y el café decomisados, mientras era vivísimo el deseo de obtener estos artículos; quemábanse las telas al paso que el pueblo estaba desnudo, y la miseria crecía con la falta de toda industria, siendo preciso para suplir á esta emprender obras grandiosas, como almacenes en la Bastilla, y otras donde se ocupasen los brazos que no tenía ocupados la conscripción. El imperio se hallaba en la misma situación que la antigua Roma: necesitaba dar pan y espectáculos. Pero en 1811 se aumentó mucho el hambre, y detrás de ella vinieron los tumultos, y á estos sucedieron el patíbulo, la exposición á la vergüenza y los trabajos forzados, con lo cual decía el *Monitor* que se había restablecido la tranquilidad.

La Francia había sido aclamada como bienhechora del género humano por las ideas que difundió, ya con los libros, ya con la Revolución ó con la simpatía que esta excitó en todas partes. Pero la dominación soberbia del emperador convirtió aquel efecto en cólera, y el nombre francés no significaba ya mas que arbitrariedad y latrocinio. Al principio los reyes enviaron á la guerra los ejércitos poco deseosos de combatir; después los pueblos arrastraron á la misma guerra á los reyes consternados. Napoleón no tenía mas lógica que la de la victoria, y sus enemigos esperaban contestarle con ella. La invasión de España, si por una parte demostraba que todo era de temer de la ambición del emperador, ponía en evidencia por otra parte la posibilidad de resistirle. Entre el vulgo corrían extraños rumores acerca de una manía de sangre de que se le decía poseído; la excomunión le quitaba el carácter de restaurador de la religión; las almas timoratas pedían con ansiedad noticia del papa; las voces de un noble emigrado, de dos tribunos destituidos, de un hidalgo de Chambery que hizo un viaje á Petersburgo, de una mujer desterrada, adquirieron influjo resonando en el medroso silencio de los pueblos, y la opinión pública, poder que se sustrae de todo despotismo, aun del de la gloria, iba adquiriendo cada día mayores proporciones. Un cometa que por entonces se presentó pareció á los pueblos, ya exentos de superstición, extraordinario indicio de la caída del hombre extraordinario, en quien debían de infundir mayor espanto las voces de patria y de independencia que por todas partes resonaban.

CAPÍTULO XIV

Expedición á Rusia. — Los aliados en Francia.

Agregados también al imperio francés el Estado de Roma, los países situados á la izquierda del Rin, la Holanda y las Ciudades Anseáticas (9 de julio de 1810), la Etruria, Parma y Plasencia, tomó en Napoleón mas cuerpo que nunca la ilusión de formar el imperio de Occidente.

El mal éxito de la expedición de Walcheren produjo en Inglaterra la caída de Castlereagh y Canning, elevando al ministerio de negocios extranjeros á lord Wellesley, hermano de Wellington, hombre moderado; y habiéndose declarado al rey completamente loco, se confió el sello al príncipe de Gales. Todo daba esperanzas de paz; pero mientras Napoleón repetía que Inglaterra estaba al borde del precipicio, se engrandecía esta potencia cada vez mas, fabricaba armas para toda la Europa beligerante, extendía sus colonias, y estas y la América independiente ofrecían nuevos mercados á sus manufacturas. Las presas, por otra parte, enriquecían á los corsarios y marineros; penetraba el contrabando aun en los puertos mejor, custodiados, tanto mas audaz cuanto

mayor era el cebo de la ganancia, y en último resultado los únicos que padecían eran los consumidores. Multiplicados insultos hacían cada vez más difícil un acomodamiento entre Inglaterra y Francia; y como esta no podía en el mar medir sus fuerzas con su rival, escogieron por palestra la Península Ibérica, que fué teatro de estragos continuos y de infructuosas victorias. El mismo rey José, disgustado de las imperiosas órdenes de su hermano y del proyecto que este tenía de agregar algunas provincias á Francia, daba oídos á las proposiciones de independencia que le arrojaba de vez en cuando Inglaterra.

Napoleon, arruinado en el Mediodía, dirigió sus vastos proyectos hácia el Norte, y pensó en reconstruir una gran Monarquía escandinava. La Dinamarca, tan gravemente ultrajada por Inglaterra, se le conservaba adicta, y en Suecia sus enemigos preparaban mudanzas extrañas, pero que lo consolaron por breves instantes.

Á Gustavo III, tan enemigo de la Revolución, había sucedido Gustavo Adolfo IV, de edad de trece años, y de dudosa legitimidad, educado entre pedantes y místicos, acostumbrado á execrar á la nación francesa como atea y á desconfiar del duque de Sudermania, su tío, porque desaprobaba la cruzada de su padre contra la Revolución. Pero las ideas francesas habían penetrado en aquel país, y el ejército conspiraba para establecer una República federal, de modo que la regencia no pudo formar parte de la coalición del Norte en 1794. Por esto Catalina de Rusia odiaba al regente, difundía contra él sospechas, amenazaba con las armas y quería casar al rey con la gran duquesa Alejandra. Ya se había preparado en Petersburgo la fiesta para este matrimonio y se hallaban presentes todos los que debían asistir á la ceremonia, cuando Gustavo se negó á otorgar las concesiones que se le pedían en favor del rito griego, y se rompió el contrato con indecible despecho de Catalina. Cuando llegó á la mayor edad Gustavo, se mostró ridículo y extravagante; quería ser rey, pontífice y profeta; tiranizó á la princesa de Baden, su mujer, y se unió constantemente con los Ingleses, respondiendo á los insultos de los periódicos napoleónicos con otros insultos (1), teniendo á Napoleon por la bestia del Apocalipsis, perseverando en el intento de restablecer en el trono á los Borbones, y no queriendo humillarse ante el vencedor de reyes ni aun despues que vió hecha la paz en Tilsit.

Alejandro, que se empeñó en atraerlo al sistema continental, no habiendo podido conseguirlo, resolvió reparar su honor comprometido quitándole la Finlandia, territorio que hacía mucho tiempo deseaba con ansia obtener, y habiéndolo invadido de improviso, se apoderó de él (1808) sin que Gustavo supiese sostener el

(1) Se leía en el *Monitor*: « Su mano es demasiado débil para levantar la espada de Carlos XII, del cual no tiene más que la demencia y las botas. »

Gustavo IV de Suecia. 17^{to} 29 de marzo.

valor de los naturales. Este monarca provocó también á Dinamarca y le declaró la guerra, invadiendo la Noruega sostenido por los Ingleses; pero también se enemistó con estos, precisamente cuando los Franceses se preparaban á atacarlo. En efecto, Bernadotte, llevando á sus órdenes un cuerpo de Franceses y Españoles, en varios encuentros afortunados logró tener á raya á los Ingleses, mientras los Rusos, despues de haber agregado la Finlandia al imperio, amenazaban á la capital. Entónces el ejército sueco se sublevó acaso por efecto de una trama desde largo tiempo urdida, y depuesto Gustavo, se dió la corona, no á su hijo, demasiado jóven para mandar en aquellas circunstancias críticas, sino al duque de Sudermania. Este con el nombre de Carlos XIII recibió de la Dieta una nueva constitucion representativa, justamente en los momentos en que mas fuerza de concentración se necesitaba para rechazar á los dos ejércitos enemigos. Sin embargo, habiendo concluido la paz con Rusia, cediéndole la Finlandia y las islas de Aland, es decir, una tercera parte del territorio y de la poblacion, la Suecia, estrechada entre el Mar Báltico y la Noruega, se adhirió al sistema continental.

Carlos XIII, viejo y achacoso, era el juguete de los poderosos y de los intrigantes. Habiendo muerto su hijo y estando reunida la Dieta para elegir sucesor á la corona, muchos se inclinaban á Dinamarca á fin de efectuar la siempre ansiada fusion escandinava; pero otros volvieron los ojos á Francia, y entre los mariscales que se perdían en el fulgor de la gloria napoleónica, distinguieron al único que conservaba su individualidad, esto es, á Bernadotte, príncipe de Pontecorvo (julio de 1810), popular en la Alemania por la moderacion con que mitigaba los males de la guerra. No gustó mucho esta eleccion á Napoleon, y cuando Bernadotte se negó á cerrar los puertos de Suecia á los Ingleses, medida que habría acabado de arruinar al país, el emperador se enfureció contra su antiguo general, culpado de haber obtenido una corona de otras manos y sin ser pariente suyo, culpa por la cual ardía en deseos de castigarlo. En cambio las demas potencias halagaban en Bernadotte una ambicion que osaba alzar los ojos hasta la corona de Francia.

También la Puerta se declaró enemiga de Napoleon luego que este la vendió dejando al emperador de Rusia que tomase por suyos los principados de Valaquia y Moldavia; y por lo mismo mostrándose despues sorda á sus proposiciones, suspendió las hostilidades contra Rusia.

Todos sentían ya acercarse la tempestad. Aunque Alejandro se había apasionado de Napoleon, este jamás inspiró afecto á los boyardos, con los cuales el czar está precisado á tener mas consideraciones que las que se figuran los extranjeros. En efecto, obligado por ellos, hubo de publicar un nuevo arancel de aduanas que gravaba los géneros franceses y admitía los colonia-

1809. 13 de marzo.

Carlos XIII.

1809. 17 de septiembre.

Bernadotte. 1810. 20 de agosto.

Alejandro de Rusia.

les en bandera neutral. El vulgo, siguiendo el impulso del clero, miraba con horror á los Franceses, contra quienes continuamente resonaban anatemas en las iglesias; la emperatriz madre aborrecía extremadamente á Napoleon, habiendo por otra parte agravios y humillaciones que vengar, y no pudiendo ser duradera una amistad que exige esclavitud. La ocupacion de Danzick y del ducado de Oldemburgo, el engrandecimiento del de Varsovia y los continuos aumentos de Francia en perjuicio de los países neutrales daban cuidado á Alejandro, y su carácter místico y liberal le traía á la memoria la imágen de la libertad de Europa conculcada, y la idea de que él debía ser su campeón. Quiso, pues, serlo: envió un agente secreto con proposiciones á Moreau, que refugiado en América, tenía fija la vista en los movimientos de su rival, con la esperanza de que este en su sistema de seguir siempre adelante fiándose en su osadía y en el aturdimiento de los demas, habría de caer una vez ú otra. El general descontento no resistió á la tentacion (julio de 1813), y puso á disposicion de Rusia contra el amo de Francia el talento y el brazo que en otras ocasiones habían salvado á su patria. También Dumouriez, que implacable con el emperador había dado á Wellington el plan de la guerra de la Península Ibérica, dió á Alejandro las instrucciones necesarias para dirigir esta, y proyectó el restablecimiento del trono frances con una constitucion ampliamente liberal y colocando en él á Luis Felipe de Orleans, su discípulo.

Así los reyes llamaron á la escena á los antiguos republicanos como los únicos capaces de derrocar al amo de Francia que pretendía confiscar en su exclusivo provecho los frutos de la República. Castlereagh y Liverpool, ministros de Inglaterra, seguían el sistema de Pitt. Habiendo insinuado un diario de Londres la conveniencia de asesinar á Napoleon, se pidió en la cámara un voto de reprobacion contra esta propuesta, á fin de que no pareciese que la nación asentía á ella, y el marques de Wellesley dijo: « Este » escritor asegura que el dominador de Francia » se ha puesto fuera de la ley; mas espero que » habrá todavía en este mundo un tribunal ante » el cual será llamado á juicio; y las naciones de » Europa pueden conseguir que lo haya, no con » el puñal sino reuniendo sus esfuerzos y casti » gándolo en el campo de batalla por los pérfidos ataques que lo han hecho eternamente » execrable.»

Era, pues, aquella una vasta coalicion de toda Europa, la cual saliendo de su aturdimiento, comprendía que Napoleon obraba al acaso, que las violencias jamás son duraderas, y que para acabar con ellas basta perseverar en la resistencia.

Napoleon todo lo veía, pero confiaba en la espada y solo en la espada: ¡ ay de él el día en que se rompiese! Tenía un ejército admirable por su unidad y disciplina: ciento sesenta generales de division; trescientos cua-

renta brigadieres; ciento diez ayudantes, y soldados de média Europa; podía hacer en todo su voluntad, engañar la opinion con los periódicos, disponer á su capricho de 400.000.000 de su tesoro particular depositados en las Tullerías, y de sesenta y dos millones de súbditos, á los cuales no había quedado ni sombra de instituciones tutelares.

Mas para tener tropas ejercitadas debía sacarlas de España, cosa fatalísima. Inglaterra no perdonaba gastos para alimentar la guerra tanto allí como en todas partes, apoderándose de los buques neutrales y poniendo en ellos marineros suyos. Solo la América Septentrional, instigada por Napoleon, declaró á la Gran Bretaña una guerra que habría podido ser peligrosa á tener esta potencia contra sí á toda Europa. Pero estaban á su sueldo ochocientos mil hombres, de los cuales una cuarta parte operaba sobre el mar y los demas se hallaban repartidos en los diversos puntos que eran teatro de combate; el parlamento se prestaba á votar los enormes dispendios necesarios para hostilizar á Francia (1); y el espíritu público se mostraba cada vez mas contrario á los Franceses, segun se deducía de los improperios de los periódicos y de las caricaturas de que Londres estaba lleno.

La Prusia yacía humillada, y mucho mas despues de la muerte de Luisa. Hardenberg, luego que entró en el ministerio de negocios extranjeros, infundió algun vigor al espíritu público, y trató de hacer dinero, sabiendo que con él no le faltarían soldados. Los treinta mil combatientes á cuyo número, segun los tratados, había quedado reducido el ejército en la monarquía de Federico II, no estaban obligados á servir en los regimientos activos mas que un solo año; sutilísimo expediente mediante el cual se tenía una reserva ya ejercitada que poder convocar en un momento. Además las sociedades secretas eran un grande auxilio en estas circunstancias. Pero por de pronto Napoleon, preparándose á llevar la guerra á Rusia, obligó á la Prusia á unirse con él y á dar veinte mil soldados al ejército imperial.

Austria, aunque deprimida, se consideraba como potencia de primer orden, á lo ménos por su masa, y por otra parte un matrimonio político no era bastante obstáculo para que dejase de

(1) La marina inglesa durante las guerras napoleónicas costó de 400 á 600.000.000 de francos cada año, segun aparece del siguiente estado:

AÑOS.	LIBRAS ESTERLINAS.
1803.	10.211,378
1804.	12.350,606
1805.	15.035,630
1806.	18.864,341
1807.	17.400,337
1808.	18.087,547
1809.	19.378,467
1810.	18.975,120
1812.	19.395,759
1813.	20.096,739
1814.	19.312,070

Boucher calculó que las dos guerras de 1773 á 1802 y de 1803 á 1814 costaron á la Gran Bretaña 40.500.000.000.

1812. 24 de febrero.

responder al voto general y de buscar su provecho. Metternich le imprimió entonces el carácter, que después mantuvo siempre, de potencia mediadora, según el cual aunque no promovía ninguna guerra, intervenía en todas con seguridad de ganar. Siguiendo esta política acomodaticia, renovó la alianza con Napoleón, garantizándose recíprocamente la seguridad de los respectivos territorios, aceptando el sistema continental, y prometiendo treinta ó cuarenta mil soldados, con la condición de que fuesen mandados por un Austriaco, que fué Schwartzberg.

14 de marzo.

Napoleón, preparándose para poner en movimiento todo su ejército, hizo ingresar en las filas de la guardia nacional del imperio á los que se habían librado de la conscripción, poniéndoles oficiales nombrados por él y con sueldo, lo cual venía á convertir la guardia nacional en una inmensa reserva, dividida en tres secciones según la edad de los individuos, víctimas todas predestinadas al sacrificio. Entretanto dirigió hipócritas mensajes al Senado, y no cuidándose ni aun de paliar con altos motivos los nuevos sacrificios que exigía, empleó solamente frases vagas y aéreas para justificar medidas que iban á costar torrentes de sangre. Á fin de proveer á la seguridad interior, trasladó á Fontainebleau (21 de junio de 1812) á Pío VII moribundo; hizo dar á los príncipes de España caballos detestables para que se disgustaran de la equitación, de la cual temía que se aprovecharan para huir, y á una hermana de aquellos que mostró firmeza, la mandó encerrar en un convento de Roma, en cuya ciudad tenía también á Carlos IV. En París encomendó la cartera de negocios extranjeros á Maret, que le era muy adicto, habiéndolo elegido expresamente para evitar todo obstáculo á sus planes; pero sobre todo puso su confianza en Savary, ministro de policía, y hechos sus preparativos, dijo: « Voy á domar á Alejandro: dos victorias, y me pongo en Moscú y en Petersburgo. Allí dictaré la paz. Celo, mucho celo, y os traigo la paz dentro de tres meses. »

9 de marzo.

En efecto, se puso en marcha para Rusia dejando á sus espaldas las poblaciones descontentas y su izquierda descubierta por la vacilación de Suecia y expuesta á las invasiones de los Ingleses. Una columna de su ejército penetró en Alemania, prendió á los empleados civiles y militares, é impuso contribuciones; excitando de este modo hasta el furor los rencores de los Alemanes. Los más valientes entre los oficiales prusianos prefirieron entonces romper sus espadas á la humillación de obedecer al extranjero Macdonald, y el rey de Suecia se puso abiertamente al lado de la Inglaterra. Napoleón había citado para Dresde á los reyes sus vasallos, y en virtud de esta cita se presentaron Francisco II de Austria con su tercera mujer, el humillado Federico Guillermo, los reyes de Baviera y de Wurtemberg, Jerónimo de Westfalia y los grandes duques de la Confederación: pléyada ful-

gurante en torno del nuevo sol que los miraba como hechuras suyas, y que, cuando le anunciaban visitas de reyes, respondía: *Que esperen.*

Llevaba entonces consigo quinientos mil soldados, pero solo la mitad eran Franceses, siendo el resto gentes de pasiones é intereses diversos: Polacos á las órdenes de Poniatowski que esperaban merecer la nacionalidad; Sajones, Austríacos, Bávaros, Prusianos, Westfalienses, Wurtembergueses, Badeses y súbditos de varios principados, Españoles, Portugueses, Suizos é Italianos mandados por Eugenio, Lecchi y Pino: sesenta mil caballos obedecían al farsante Murat, y Berthier, celosísimo jefe de estado mayor, sabía admirablemente poner en ejecución las órdenes de su amo, superando las dificultades y tomando en todo evento las necesarias providencias (1). Esta campaña de gigantescas proporciones lisonjeaba la vanidad de Napoleón. « Castiguemos, decía, á ese czar en otro tiempo nuestro amigo y que no quiere ser enemigo de la Inglaterra: vamos á obligarlo á que nos dé explicaciones de su conducta: » y pasó el Niemen atónito de no hallar resistencia.

Alejandro comprendió que á semejante invasión era preciso oponer la guerra nacional y el espíritu religioso, y con esta idea habló á su pueblo en tono místico y profético. « Á nuestra lealtad, dijo, ha respondido con la perfidia ese insaciable ambicioso; sordo á las proposiciones más moderadas, viene á sorprendernos en nuestra misma patria. Mi pueblo defenderá sus familias, su país y la independencia rusa, y la Providencia protegerá nuestra causa; » y no dando ya el impulso sino siguiéndolo, opuso á un ejército ebrio de gloria un pueblo ebrio de subordinación, y secundó su ardor dándole por jefes de esta guerra al Lituano Barclay de Tolly, á Bragation, hombre temido hasta de los Franceses, y principalmente á Kutusof, héroe popular por sus victorias sobre los Turcos. Decidido á destruir al invasor á cualquier costa, hizo que resonara en las ciudades santas el grito de la cruzada; lleváronse reliquias en procesión; el archimandrita Platon, de ciento y un años de edad, maldijo al Goliath que invadía las tiendas de Israel; la nobleza cobró aliento

(1) Ejército efectivo que Napoleón llevó á Rusia.

60,000	Polacos.
20,000	Sajones.
30,000	Austríacos.
30,000	Bávaros.
22,000	Prusianos.
20,000	Westfalienses.
8,000	Wurtembergueses.
8,000	de Baden.
4,000	de Darmstadt.
2,000	de Gotha y Weimar.
5,000	de Wurtzburgo y Franconia.
5,000	de Meklemburgo y otros pequeños principados.
20,000	Italianos y Napolitanos.
4,000	Espanoles y Portugueses.
10,000	Suizos.
250,000	Franceses.

Total. 495,000 hombres.
Algunos hacen subir este número á 530,000.

en el desorden, y sus individuos se armaron á porfía; y en torno de la efigie de San Sergio y al son de las campanas de Moscú, se reunieron los Tártaros, los Baskirios, los Cosacos. En los estados del ejército figuraban un millón ciento diez mil combatientes; había ménos en realidad, pero todos eran bravos y constantes; la caballería era numerosa, la artillería formidable, y además se contaba con los Cosacos ligeros, terror del enemigo. Por otra parte el teatro de la guerra no presentaba más que raras ciudades y entre ellas el desierto. Todos aconsejaron á Alejandro que no se aventurase á dar una batalla, sino que hiciese la guerra de montaña, procurando hostigar siempre á los Franceses por medio de los Cosacos, y asegurarse en todos casos la retirada, llevando por objeto la resistencia constante y pertinaz, con la esperanza de que el fogoso Napoleón sucumbiría ante ella como le había sucedido en Egipto y España. Entretanto el gobierno ruso multiplicaba las negociaciones; hizo alianza con los Ingleses, y habiendo interpuesto estos su mediación para la paz con la Puerta, pudo engrosar el ejército con otros ochenta mil hombres. Reconoció también las córtes españolas y se ligó con Suecia, ofreciéndole la Noruega en vez de la Pomerania, invadida por Napoleón.

Viendo este que los reyes invocaban el auxilio de la libertad, se acordó igualmente de aquellas ideas populares que una vez le habían dado grandezas y triunfos, y pensó en Polonia. Por medio de esta nación se había abierto el camino hasta las fronteras rusas y proporcionado útiles auxiliares; y como á no estar de mente no podía lisonjarse de arrojar á los Rusos al Asia, habría debido poner entre estos y sus dominios la Polonia vuelta al gremio de las naciones, atrayéndose sus bendiciones con la reparación del crimen cometido por las tres potencias. Pero había emparentado con la casa de Austria, la cual habría perdido algunos despojos, y por esta razón no se atrevió á mostrar tanta magnanimidad. Así, después que sus tropas se hicieron odiosas en el ducado de Varsovia con depredaciones é insultos soldadescos, él no supo más que buscar soldados que lo sirvieran, haciéndose el desentendido con los que le hablaban de reconstruir el reino polaco, respondiendo con frases vagas y aéreas promesas á los que le pedían una sola palabra, un fiat, y corriendo en busca de los Rusos para presentarles la batalla.

Pero en vez de una batalla encontró un clima de los más inestables, enfermedades y escasez de víveres, si bien esto no le arredró para seguir adelante. Carlos XII no había podido vivir en aquel país con veinticuatro mil soldados; ¿cómo había de haber vivido Napoleón con quinientos mil? Murieron, pues, muchísimos, y él no sabía sino decir: *Imposible: soldados bien mandados jamás se mueren de hambre.* Señaló con su grandiosa estrategia las marchas que debían hacerse; pero

los pantanos y los arenales las retardaron; sus generales ya hechos reyes no siempre querían obedecer, y él mismo mostró una lentitud y una falta de vigor que sus panegiristas no saben explicar sino por una enfermedad.

Entretanto los Rusos iban abandonando el país á medida que se adelantaba el ejército napoleónico, el cual no hallaba por do quiera más que soledad. Para llegar á Witepsk, tuvieron que sufrir las tropas fatigas inauditas, y luego se encontraron también desierta la población. Los mariscales aconsejaron entonces á Napoleón que estableciese allí sus cuarteles de invierno; pero él quería de todos modos verse en Moscú; Moscú, otro de aquellos nombres fabulosos que lo enamoraban como las Pirámides y el San Bernardo. Sin embargo, parecía haber olvidado la rapidez de movimientos que lo distinguía en sus primeros tiempos, y aun la guerra misma era ya de muy distinta naturaleza en aquel país que en los otros, siendo pocos los caminos reales, estando muy apartados entre sí los puntos importantes, ofreciendo inmensas dificultades el espionaje, debiendo hacerse los reconocimientos al través de una nube de Cosacos, y habiendo de valerse de mapas, instrucciones y planos muy imperfectos (1). Muchas veces tenía el ejército que seguir la misma dirección por espacio de cien leguas, no habiendo otros caminos, y luego se encontraba de frente con el enemigo, sin poder caer sobre él por diversos puntos á la vez como en Alemania é Italia; pues proyectado apenas un movimiento, era adivinado desde los primeros pasos, lo cual hacía imposibles los grandes planes estratégicos. Los frecuentes encuentros de los puestos avanzados producían pérdidas y victorias recíprocas. En Smolensko el ejército halló resistencia, pero al entrar en la ciudad se la encontró desierta y ardiendo. Hasta entonces las tropas caminaron sofocadas bajo el sol de agosto, molestadas por un polvo picante, debiendo sostener continuas escaramuzas y sufrir cada día nuevas pérdidas que agotaban inútilmente sus fuerzas, sin que viniese nunca á reanimar su valor el júbilo feroz de una batalla. Ya habían perecido cien mil hombres; los demás sufrían los tormentos del hambre, Moscú distaba sesenta leguas; Moscú donde el ejército creía encontrar el reposo, la abundancia y la paz que debía dictarse en la ciudad santa.

Sin embargo, también los Rusos ansiaban pelear, y Kutusof se preparaba en nombre de los Santos y de la patria para dar una gran batalla. En efecto, en Borodino sobre el Moskowa,

(1) En la historia de aquella expedición escrita por Bouthoulin, el cual además de los documentos rusos tuvo á la vista los cogidos á los Franceses, el hecho que más llama la atención es el imperfectísimo conocimiento que se tenía de los enemigos contra quienes se iba á combatir. Federico II haciéndose cargo de la expedición de Carlos XII, describió los males y previó los desastres que después cayeron sobre Napoleón. También las instrucciones de la guerra de Luis XIV, que se encuentran en los archivos de París, habrían podido evitar los muchísimos errores que cometieron los Franceses en su expedición á España.

28 de julio.

Agosto.

17 de agosto.